
Tomás Rafael Caldera

Profesor de Filosofía en la Universidad «Simón Bolívar» de Caracas. Miembro de la Academia Pontificia Santo Tomás de Aquino.

Homenaje a Arturo Ardao¹

Evocar hoy la memoria de Arturo Ardao no es para nosotros ocasión de tristeza sino actividad grata, cordial. A la vez, encierra una lección importante. Porque su figura, podemos decir, no deja de tener valor ejemplar, acaso más acentuado en nuestro día y hora. Agradezco a mis colegas del Departamento de Filosofía que me hayan encomendado ren-

dir homenaje al ilustre amigo, fallecido hace un par de meses en Montevideo, a la edad de noventa años. Asumo con gusto esta tarea; para cumplirla, intentaré proponer algunas breves reflexiones sobre el significado de su trayectoria, ahora completa, en la cual se han unido de alguna manera el norte y el sur del Continente.

Conocí a Ardao quizás en 1978. Una imagen me ha quedado nítida en el recuerdo, tal vez estilizada por el paso del tiempo. Lo veo erguido –los años no hacían mella en su porte–, el cabello cano, casi blanco, peinado al estilo que impusiera en toda la América Latina Carlos Gardel; trajeado con un blazer azul marino sobre pantalón gris, más bien oscuro, de lana. Y

¹ Este discurso fue pronunciado en el Homenaje que el Departamento de Filosofía de la Universidad “Simón Bolívar” rindió a Arturo Ardao.

siempre, de corbata. Su reposada apariencia delataba lo que se tenía ocasión de comprobar enseguida, al frecuentarlo: que, en el pleno sentido de la palabra, don Arturo era un caballero. Cortés, nada altivo, atento. Capaz de interesarse por la conversación, y los escritos, de colegas mucho más jóvenes; capaz de introducir el comentario oportuno, que estimula en el trabajo. Nadie podía detectar, en su trato, resabios de las amarguras y dificultades que ciertamente acompañaron sus años de exilio. Suprema elegancia del caballero que pone por delante el oficio y esconde, sin disimulo, las angustias íntimas.

Encuentro en ello una primera lección, de mucho valor: la fidelidad al oficio. De Alfonso Reyes se cuenta que, interrogado una vez sobre cómo le había sido posible realizar copiosa y fecunda obra en medio de los avatares –de las turbulencias– en que se vio envuelta su vida, respondió con dos preceptos: (por) ser fiel a mí mismo; (y) no dar cabida al despecho. Arturo Ardao era como una encarnación de esos mismos principios. Así, sin despecho ni frustración –a pesar de que le tocó, digamos, hacer antecámaras que no correspondían ya ni a su calidad ni a su condición–, lo vimos continuar aquí su tarea de pensador, de docente, y tal como la concibió siempre: como un cultivo de la tradición del filosofar en lengua castellana y en nuestra América, para contribuir con su aporte a la madurez de nuestra cultura. Permítanme explicar estas afirmaciones.

El filosofar es, sin duda, actividad máximamente personal. No en vano dijo Platón que habíamos de ir a la verdad con toda el alma, tanta y tan radical es la tarea de quien se esfuerza en pensar a la luz del ser. Al mismo tiempo, tiene lugar en el contexto de una tradición, que ha de ser asumida por el pensador para rescatar la autenticidad del propio pensamiento. Sólo por una verdadera apropiación de lo ya dado con uno mismo somos capaces de trascender lo circunstancial. De otra manera, no alcanzamos lo primero, eso que, tácito en toda otra actividad o ciencia, es sin embargo decisivo para su significado último y valor.

Pero afirmar la necesidad de asumir la tradición es poner de manifiesto que esta actividad supremamente personal del filosofar se halla comprometida, por su esencia, con el destino de una comunidad histórica. Ser fiel a uno mismo resulta, en virtud de su radicalidad propia, un ejercicio de fidelidad a la nación. Me atrevería a decir: un ejercicio de patriotismo. Así,

insertado en una comunidad espiritual, el filosofar supone para ella un momento de madurez. Es una toma de conciencia de las cuestiones radicales –bajo la figura en la cual se han hecho allí presentes– y, de esa manera, claridad acerca de su posible comprensión.

A lo largo de la obra de Ardao, hay esa preocupación constante –en cita de Lucrecio, que coloca como epígrafe a su *Filosofía de lengua española*– de “investigar de continuo la naturaleza de las cosas para exponerla, una vez estudiada, en la patria lengua”. Es clara su conciencia de pertenecer al ámbito de la lengua castellana y de cómo ello le traza un programa:

*Cuando del pensamiento filosófico se trata, sus compromisos con el lenguaje deciden doblemente su destino: lo deciden en el plano profundo de su creación o advenimiento, porque allí está ya recibiendo el sentido o el signo que le impone el lenguaje interior; y lo deciden en el plano de la exterioridad social, porque su proyección histórica dependerá del ámbito de la significación del idioma en que se expresa*².

Al mismo tiempo, pues, el filosofar en lengua castellana le aparece como condición de autenticidad y como aporte a la propia comunidad espiritual. Bien sabe, por el caso de Andrés Bello, que la inserción en la vida de nuestro continente limita una posible figuración en los repertorios de la historia de la filosofía universal³. Mas el problema es de otra naturaleza: el problema es la autenticidad de la vida, ser plenamente hombre. El problema es pensar aquí ahora. Realizar la pertenencia al propio ámbito cultural precisamente para poder trascenderlo. Para abrir con ello también posibilidades acaso inéditas en nuestro medio. Así lo explica a propósito de Feijóo:

Buen latinista, como era y tenía que serlo, desecha de plano el latín, adoptando para expresarse en su obra la lengua castellana (...)

² ARDAO, A., *Filosofía de lengua española*, Alfa, Montevideo, 1963, p. 29.

³ Su *Andrés Bello, filósofo* (Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1986) casi se abre con la conocida cita de Gaos: “Si Bello hubiera sido escocés o francés, su nombre figuraría en las Historias de la filosofía universal como uno más en pie de igualdad con los de Dugald Stewart y Brown, Royer Collard y Jouffroy, si es que no con los de Reid y Cousin” (ver la p. 15).

En el prólogo al primer tomo del Teatro Crítico, aduce dos razones para ello. De la primera le habla al lector en estos términos: « Harásme también cargo, por qué, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma castellano. Bastaría por respuesta el decir que para escribir en el idioma nativo no se ha más razón, que no tener alguna para hacer lo contrario » (...)

Pero en su caso había una razón suplementaria, que mucho importaba porque tenía que ver con las luchas que se disponía a librar. Su gran designio era desengañar al público de muchas « especies perniciosas », que por estar admitidas como verdades le son perjudiciales: « y no sería razón, cuando puede ser universal el provecho, que no alcanzase a todos el desengaño »⁴.

Ambas razones, que resultan casi de sentido común, alcanzan mayor trascendencia en la íntima convicción de Ardao. Primero, lo referente al lenguaje:

*Todo lenguaje es simbólico –nos dice–; pero mientras el científico progresa en la línea misma del simbolismo, matemático o no, el filosófico –no hay necesidad de hacer profesión de bergsonismo para admitirlo así– progresa en la dirección contraria por la lucha del pensamiento contra la tiranía de los símbolos. De ahí la significación que para el lenguaje filosófico ha tenido siempre el lenguaje de la conciencia natural; de ahí, también, la significación que para el lenguaje filosófico tiene la **lengua**, concreción vital, animada, histórica, del lenguaje como forma abstracta y genérica de la expresión verbal⁵.*

En el concreto ejercicio del pensamiento –podríamos glosar– la lucha con el lenguaje es, de modo inevitable, una lucha con la propia lengua, primer repertorio de símbolos en y con los cuales se hallan trenzados nuestros conceptos.

Por otra parte, y en segundo lugar, la opción por el castellano no atañe sólo a la posibilidad de divulgar lo escrito en el área cultural del mundo

⁴ ARDAO, A., *La filosofía polémica de Feijoo*, Losada, Buenos Aires, 1962, pp. 36-37.

⁵ ARDAO, A., *Filosofía de lengua española*, Alfa, Montevideo, 1963, pp. 23-24.

hispanico. Ya eso, como en el caso de Feijóo o de ese otro gran maestro que fuera Andrés Bello, nos daría razón suficiente. Sería una laudable intención pedagógica, por lo demás patente en la dedicación de Ardao a la cátedra. En el caso del pensar filosófico va más allá. Oigamos de nuevo sus palabras:

La estimación positiva –sencillamente, la estima– de lo propio, constituye su origen [habla de la actitud (desalienante) de espíritu, que anima incluso diversas orientaciones especulativas del filosofar en la América Latina], en aquel radical punto en que, para las comunidades como para los individuos, el ser y el valor se identifican. De tal valoración ha resultado un movimiento, a esta hora vasto, de vuelta sobre sí de la conciencia filosófica latinoamericana. Otras valoraciones, otras estimas, se siguen. Latinoamérica se asume, más reflexivamente cada vez, en la peripecia de su historia, su cultura y su gente marginadas. Y es autoclarificándose de ese modo, desde sus vitales circunstancias a sus intransferibles situaciones, objetivas y subjetivas, que se reconoce protagonista de la universalidad humana a igual título que cualquier otra región del planeta; vocada, por lo mismo, a encarar con independencia también igual, los más universales, por humanos, objetivos filosóficos ⁶.

Cumplido su fecundo tránsito, su obra –su figura– habrá de estudiarse debidamente, para recoger su legado, estimar el alcance de sus aportes. Su propia devoción al pensamiento latinoamericano, con ese acucioso empeño suyo en estudiarlo, es título suficiente para merecer a su vez la paciente atención de jóvenes eruditos que quieran, como él, alcanzar lo universal desde lo más propio. Sin duda así será.

Para la Universidad “Simón Bolívar”, en particular para su Departamento de Filosofía, la etapa de Arturo Ardao entre nosotros es –decía al comienzo– motivo de recordación cordial. Junto a esa primera generación, aún activa (Ernesto Mayz Vallenilla y Alberto Rosales), a la que se debe el inicio y el verdade-

⁶ ARDAO, A., “Función actual de la filosofía en Latinoamérica”, en: AAVV, *La filosofía actual en América Latina*, México, Grijalbo, 1976, p. 19.

ro cuerpo del trabajo filosófico en nuestra casa de estudios; junto a otros ilustres maestros ya desaparecidos (Ángel Cappelletti, Víctor Li Carrillo); junto a figuras más jóvenes, tan destacadas, cercanas a Ardao en su atención a la historia de las ideas en la América Latina –pienso, desde luego, en Luis Casto Leiva y en Javier Sasso, fallecidos en su primera madurez–, los años caraqueños de este gran uruguayo no han sido en vano. De ello dan testimonio sus libros, de ello pueden hablar largamente sus alumnos.

Una de las últimas veces que tuvimos ocasión de conversar en Caracas, antes de su regreso al Uruguay, le pregunté acerca de sus proyectos. Pasaba ya largamente la edad de la jubilación, pero veía aún ante sí una nutrida agenda de trabajos posibles. Me respondió con su sencillez y humor característicos: “Voy a hacer lo que me enseñó la maestra de primaria: leer y escribir”. Era un modo de afirmar, de nuevo, la fidelidad al oficio que ocupara su vida entera. Al recordarlo hoy, con afecto y admiración, quede para nosotros diáfana esa lección de su vida. 🐼